



Lámpsakos

E-ISSN: 2145-4086

lampsakos@amigo.edu.co

Fundación Universitaria Luis Amigó

Colombia

Tiglioli H., Franchesca
CIENCIA E INGENIERÍA EN LA BIBLIA
Lámpsakos, núm. 2, julio-diciembre, 2009, pp. 13-23
Fundación Universitaria Luis Amigó
Medellín, Colombia

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=613965348007>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

SCIENCE AND ENGINEERING IN THE BIBLE

ABSTRACT

The Old Testament is full of “signs and wonders”, miraculous events that you crave a skeptical impossible. But they seem greatly to certain well-tested scientific fact. Events such as levitation, healing, prophecy and technical applications are described in the New Testament. But, do the conventions of the evangelists contributed to obscure the facts? Were they as miraculous as explained? “On the third day he rose from the dead” and describes the Christian faith the miracle of the physical resurrection of Christ. But what holds extraordinary events this biblical? In this paper, we study the biblical facts that modern science explains, or tries to do, in light of new discoveries and research.

Keywords: Bible, miracles, science, engineering, apariciones.

CIENCIA E INGENIERÍA EN LA BIBLIA

Franchesca Tiglioli H.

Filósofa, sicóloga y física. Verona Italia

ftiglioli@rediffmail.com

(Artículo de REFLEXIÓN) (Recibido el 30 de mayo de 2009. Aceptado el 16 de agosto de 2009)

RESUMEN

El antiguo testamento está repleto de “signos y prodigios”, hechos milagrosos que al escéptico se le antojan imposibles. Pero se parecen enormemente a ciertos hechos científicos bien probados. Hechos como levitación, curaciones, profecías y aplicaciones técnicas, aparecen descritos en el nuevo testamento. Pero, ¿acaso las convenciones de los evangelistas contribuyeron a oscurecer los hechos? ¿Fueron éstos tan milagrosos como se explican? “Y al tercer día resucitó de entre los muertos”, así describe el credo cristiano el milagro de la resurrección física de Cristo. Pero, ¿qué acontecimientos extraordinarios encierra este relato bíblico? En este artículo se hace un estudio de los hechos bíblicos que la ciencia moderna explica o trata de hacerlo, a la luz de los nuevos descubrimientos e investigaciones.

Palabras clave: Biblia, milagros, ciencia, ingeniería, apariciones.

INTRODUCCIÓN

La biblia consta de 66 libros -80 si se incluyen los apócrifos- escritos a lo largo de un milenio, aunque parte de su material deriva de una tradición oral mucho más antigua. Como la mayor parte de los escritos antiguos, relata incidentes científicos y de ingeniería, aunque un investigador desprevenido se sorprendería de la sobriedad de la que generalmente hacen gala esas historias. Pero la ciencia investiga relativamente poco sobre la biblia, en parte porque desconfían de registros tan antiguos, redactados por escritores con un criterio tan diferente del nuestro; también sostienen que es la ciencia la que arroja luz sobre la biblia, y no al revés (Walvoord, 2007). Además, mucha gente cree que las sagradas escrituras son sacrosantas; la palabra de Dios debe ser aceptada, no estudiada -salvo como una guía para la devoción y una vida piadosa- y nunca criticada (Ramm, 1954). Hay otros que no

ven en ella más valor del que contiene cualquier colección de escritos antiguos (Muirhead, 2006).

Pero resulta más acertado elegir un camino intermedio, se pueden aplicar los principios de la crítica erudita a la biblia -como a cualquier otro libro- sin ideas preconcebidas, reconociendo que surgen continuamente nuevos descubrimientos y que es preciso respetar los puntos de vista ajenos (Buffaloe, 1969). Más allá de los posibles hallazgos de los críticos modernos, este libro posee un valor único en cuanto registra la evolución del concepto de Dios -desde el animismo primitivo hasta el monoteísmo más estricto-, e influyó en tres religiones importantísimas: el islamismo, el judaísmo y el cristianismo. Algunos tipos de actividad científica no figuran para nada en el antiguo testamento, porque sus compiladores obedecían a Yahvé -Jehová-, cuyo culto incluía prohibiciones

como “*No soportarás que una bruja conserve la vida*”. Sus reyes “buenos” aniquilaron a los que tenían tendencias ingenieriles.

En este documento se hace un recorrido por los principales acontecimiento bíblicos, que sobresalen por las descripciones de hechos y situaciones que más parecen ciencia o ingeniería aplicada que misticismo o milagros. En la segunda parte se analizan los acontecimientos en el antiguo testamento; en la tercera los del nuevo testamento; la cuarta parte se ocupa del análisis a la ciencia en la persona de Jesús, y en la quinta se hacen algunas conclusiones.

EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Algunas actividades consideradas como “científicas” quedaron registradas en el antiguo testamento: la adivinación, la búsqueda de agua por zahoríes, los sueños premonitorios, las experiencias místicas, las curaciones y la precognición. La adivinación tenía que realizarse bajo los auspicios de Yahvé. A los “profetas” del antiguo testamento no se les tenía por adivinos, sino por comentaristas religiosos y políticos y, por lo tanto, eran considerados “auténticos” o “falsos”, no tanto por la exactitud de sus pronósticos sino por los dioses a los que seguían (Schultes, 1985). Los profetas de Baal eran “falsos”, porque su dios era el rival de Yahvé, pero Jeremías era “auténtico” - aunque a veces sus oráculos se equivocaban- porque servía a éste.

El sumo sacerdote de Yahvé disponía de medios para la adivinación, “el *Urím* y el *Thummim*” -Luces y Verdades-, posiblemente piedras semipreciosas engarzadas en su pechera, que utilizaba como una especie de bola de cristal -Exodo 28,9. Pero, en conjunto, cada individuo contaba con sus propios medios de adivinación o de lectura de “señales” simbólicas (Biever, 2006). Así, Gedeón supo que Dios le concedería una victoria, porque una noche cayó rocío sobre una piel de cordero mientras el terreno que la rodeaba quedaba seco, y la noche siguiente el proceso se invirtió -Jueces 6,36.

Moisés, cuando encontró agua en el desierto por medio de su cayado -Éxodo 17,6 y Números 20,4-, pudo haber empleado la técnica de los zahoríes (Young, 1999). Pero aunque era un visionario, no era un soñador,

y los sueños reveladores son, posiblemente, el fenómeno científico más corriente en el antiguo testamento. El sueño de Jacob, la famosa escalera -Génesis 28,12-, repetía la promesa hecha a su abuelo Abraham, de que sus descendientes poseerían la tierra donde se soñara esa visión. José soñó con el futuro dominio sobre su familia -Génesis 37,5-, y previó, por los sueños del mayordomo y el panadero del faraón cuando estaban presos, que el primero volvería a su puesto y el segundo sería ejecutado. Su correcta interpretación de los sueños del Faraón, que profetizaban siete años de abundancia seguidos por siete de hambruna, hizo que fuera nombrado para un alto cargo -Génesis 40,18.

Sueños o ingeniería incomprendida

A la luz de la moderna investigación acerca de los sueños, y a partir de experimentos realizados por instituciones como el laboratorio de sueños del Centro Médico Maimónides (Van de Castle, consultado marzo 23 de 2009), puede concluirse que esos sueños ocurrieron como se dice. Jacob, al alejarse del territorio donde había pasado su juventud, pensando que quizá fuera para siempre, pudo hallar un consuelo en sus sueños, que le recordaban la promesa de Dios a Abraham y hacían más plausible su propio regreso. José, al conocer las razones por las que el mayordomo y el panadero estaban en prisión, no necesitaba mucha perspicacia para interpretar correctamente el simbolismo de sus esperanzas y sus temores.

Las experiencias sicológicas de diferentes individuos varían en tipo e intensidad. En una crisis de su vida, Jacob se enfrenta con un misterioso pero benéfico ser sobrenatural -Génesis 32,23. Un ángel -un mensajero, no necesariamente sobrenatural, aunque con frecuencia lo sea- se aparece a los padres de Sansón, predice el nacimiento de su hijo -que sería un héroe- y se aleja ascendiendo por la llama de un altar -Jueces 13-3. Todos los profetas parecen tener experiencias similares, desde la visión de Isaías en el templo del “*Señor en un trono alto y elevado*”, rodeado de serafines; hasta Ezequiel, que vio cuatro grandes anillos llenos de ojos cuyo movimiento era acompañado por un sonido impetuoso -Ezequiel 1,15.

Otras cuestiones se plantean cuando se consideran las historias maravillosas que se refieren a los héroes folklóricos bíblicos. Alrededor de individuos como el rey Arturo o Robin Hood, que cuentan con un núcleo histórico auténtico, cuajan relatos que constituyen evidentemente enriquecimientos legendarios. Aunque los fundamentalistas niegan que la biblia contenga nada de eso, la mayoría de los estudiosos dirían que muchas historias, como las de Sansón llevándose las puertas de Gaza -Jueces 16,3- y Eliseo haciendo flotar el hierro -2 Reyes 6-, son de ese tipo. Convendría buscar un punto de equilibrio.

Los conocimientos modernos demuestran que algunos incidentes que fueron considerados pura leyenda a principios del siglo XX son, por lo menos, posibles, especialmente en lo que se refiere a curaciones. Aunque las curaciones son más importantes en el nuevo testamento, existen unos pocos ejemplos de curaciones médicas en el antiguo testamento. Miriam, castigada con la lepra por rebelarse contra Moisés, es curada por las oraciones de éste -Números 12,10. Los israelitas se curaban de las mordeduras de culebras contemplando una imagen de bronce de una serpiente -Números 21,6. La imagen sobrevivió hasta que la veneración supersticiosa hizo que Ezequías, rey de Judá, la destruyera; el rey, por cierto, fue curado de un absceso que podría haber sido fatal, gracias a una cataplasma de higos. Este acontecimiento fue subrayado por un notorio acortamiento de la sombra en el reloj de sol -2 Reyes 20,7, hecho, que según algunas investigaciones, se ve confirmado por pruebas astronómicas (DeYoung, 2000).

Naaman, el general sirio, fue curado de la lepra a distancia, cuando Eliseo, sin verlo, le envió un mensaje diciéndole que debía bañarse siete veces en el río Jordán -2 Reyes 5,10. Elías devolvió la vida a un niño muerto tendiéndose tres veces sobre él -1 Reyes 17,21. Eliseo, aparentemente, utilizó la técnica del “beso de la vida” con otro niño, colocando “su boca sobre su boca, sus ojos sobre sus ojos y sus manos sobre sus manos; y se tendió sobre el niño, y la carne del niño se puso tibia” -2 Reyes 4,34. Como existen en la literatura de la psicoterapia y la investigación médica casos bien documentados de enfermedades crónicas de la piel curadas por la hipnosis (Arbib, 1998),

y otros de curas realizadas por la acción mental a distancia, no sería sensato rechazar dogmáticamente la posible autenticidad de estas historias (Young, 1999).

Existen otros paralelismos con fenómenos inexplicados de la actualidad. Entonces como ahora, había desapariciones misteriosas. El libro del Génesis -5,24- afirma dramáticamente que “Enoch andaba con Dios, y desapareció, porque Dios se lo llevó”. Con medias palabras se recuerda que Moisés fue “enterrado por Dios” -Deuteronomio 34- no se sabe dónde; Flavio Josefo, el historiador judío, registra una tradición según la cual “una nube súbitamente se situó sobre él -Moisés- y desapareció en cierto valle” (1997); Eliseo narra la partida de Elías vivo en el “carro de fuego” -2 Reyes 2.

En el antiguo testamento aparecen con frecuencia referencias al fuego, algunas recuerdan las sorprendentes combustiones humanas espontáneas. Esa pudo haber sido la justicia poética que merecieron los rebeldes Nadab y Abihu, devorados por el fuego, por haber ofrecido “fuegos extraños” al Señor y rivalizando con Aarón, el verdadero Sumo sacerdote -Números 3,4. Las nubes y el fuego eran símbolos de la presencia divina; los querubines y los serafines fueron originalmente los espíritus de las nubes y del rayo. Los israelitas fueron conducidos a través del desierto por “una columna de nubes” durante el día y por “una columna de fuego” en la noche -Éxodo 13,21-; aunque, para quienes prefieren las explicaciones racionales, el humo y el fuego pudieron provenir de un brasero que era transportado a la cabeza de la comitiva (Däniken, 1976). Para ellos, desde luego, se trataba de un símbolo de la protección divina.

En muchas ocasiones, y de forma misteriosa, Dios “responde con el fuego”, aunque los orígenes de las historias podrían hallarse, con frecuencia, en trucos de los sacerdotes. El fuego enviado por el cielo encendió los altares de Moisés y Aarón -Levítico 9-, Gedeón -Jueces 6-, David -1 Crónicas 21- y Salomón -2 Crónicas 7. Elías invocó el fuego divino para que consumiera a las bandas de hombres enviadas para aprehenderlo -2 Reyes 1. El ejemplo supremo del fuego de Dios es la dramática escena del monte Carmelo, cuando el sacrificio de Elías:

empapado de agua arde triunfalmente, mientras que los profetas de Baal no lograron que su dios les enviara fuego para inflamar sus ofrendas -1 Reyes 18,28. Quizá, dicen los racionalistas, fueron los rayos que precedieron a la tormenta, que terminó con tres años de sequía, los que prendieron fuego a la ofrenda de Elías (Däniken, 1981). ¿Sería un truco o una invención para enriquecer una leyenda folklórica? Estos hechos “científicos”, ¿pueden ser explicados siempre por las leyes naturales? Al cabo de tantos siglos resulta imposible probar o desmentir nada.

Otros ejemplos de actividad científica o ingenieril en la biblia bien pueden haber tenido causas naturales. La “zarza ardiente” desde la cual la voz de Dios exhortó a Moisés a llevarse al pueblo de Israel de Egipto -Éxodo 3-2-, pudo ser un escape de gas inflamado por los rayos del sol, cuya imagen quedaba concentrada por el reflejo de una roca cristalina. Agitado por el viento, podría haber parecido un matorral que se balanceaba. Las plagas de Egipto -Exodo 7,11- pudieron consistir en lo siguiente: un exceso de arcilla convirtió el agua en “sangre” estancada, que causó un exceso de ranas, cuyos cadáveres amontonados produjeron “piojos”, las larvas de enjambres de moscas que causaron la terrible enfermedad del ganado y la “plaga de forúnculos” en los humanos. La travesía del mar Rojo puede ser explicada de diferentes formas y según los diversos emplazamientos en que pudo haber ocurrido.

Se sugiere que el milagro similar ocurrido años después, el de la travesía del río Jordán -Josué 4,9-, fue consecuencia del bloqueo de las aguas a raíz de un temblor de tierra. Un temblor también podría haber debilitado las murallas de Jericó -los arqueólogos comprobaron que estaban mal construidas (Clinton, 1962)-, de modo que el ruido rítmico de los pasos del ejército israelita y la resonancia de las trompetas, fue suficiente para derrumbarla -Josué 6,13.

Ríos que se convierten en sangre, invasión de ranas y muerte de los primogénitos, éstas son algunas de las plagas de Egipto registradas en el antiguo testamento. Hasta algunos teólogos sostienen que esas aflicciones no pudieron suceder tal como se les describe, aunque en tiempos más recientes ocurrieron

hechos similares: una lluvia roja cayó sobre Terra Nova en 1890; cascadas de ranas se precipitaron sobre la atónita ciudad de Atenas en 1980, y las grandes piedras de granizo que cayeron cerca de Clermont-Ferrand, en Francia, en 1873, no causaron daños porque caían lentamente. Y el 14 de junio de 1880, en una zona de Rusia cayó granizo rojo, azul y gris en rápida sucesión.

Máquinas o milagros

Mientras atravesaban el desierto, los israelitas fueron alimentados por el “maná” celestial. Generalmente se cree que se trataba de la exudación de los matorrales de taray, que los beduinos utilizan hoy como alimento, pero que sólo se da en pequeñas cantidades. Lo científico del relato bíblico reside en la cantidad producida -suficiente para alimentar a toda una nación (González, 2003)-, y en el hecho de que los viernes había el doble, para que el trabajo de reunir el maná no profanase el descanso del *Sabbath*. También Elías fue alimentado por “cuervos” que le traían carne y pan. Pero en hebreo la palabra “cuervos” puede significar también “mercaderes” o “árabes”.

Casi una cuarta parte del antiguo testamento está ocupada por los escritos de los comentaristas políticos conocidos como “profetas”. La precognición -la “profecía”- es por tanto la cuestión científica más asociado a estos libros, ya que la gente cree que los profetas podían conocer el futuro, sanar enfermos y realizar prodigios inexplicables. De hecho, muchos relatos de profecías se cumplieron -la mayor parte cuentan con paralelos en otras culturas. Un ejemplo es la profecía de Eliseo, cuando dijo que al día siguiente la hambrienta ciudad de Samaria, sitiada por los sirios, tendría abundancia de provisiones y que cierto señor, que se había burlado de su profecía, vería los alimentos pero no los comería. Contrariando todas las previsiones, la comida llegó, y el señor, que supervisaba la distribución de los víveres en los portales de la ciudad, fue pisoteado por la gente que se amontonaba para obtenerla -2 Reyes 7.

Cuando los profetas hablaban del futuro lo hacían casi siempre condicionalmente: si no obedecéis la ley de Dios sucederá algo -un desastre-; si lo hacéis, no. Otras profecías no son lo que parecen. “Mirad que una virgen concebirá y dará a luz a un niño” -Isaías

7,14-, no constituye, como se cree generalmente, una profecía del nacimiento virginal de Cristo. La palabra, que fue traducida como “virgen”, significa en realidad recién casada. El texto continúa: “*Porque antes de que el niño sepa rehusar el mal y elegir el bien, la tierra que aborreces será abandonada por sus dos reyes*”. Parece que, en efecto, Isaías señaló a una joven embarazada -posiblemente su propia esposa- e indicó que los dos enemigos del rey Ahaz serían destruidos antes que el niño creciera. Este es un caso en el que una interpretación localista resulta más coherente.

Los profetas no se proponían tanto predecir el futuro como describir lo que consideraban la voluntad de Dios, en las circunstancias de su tiempo. Pero, al hacerlo, sus profecías se cumplieron, con frecuencia de formas más profundas y duraderas de lo que podían imaginar. Las palabras de Isaías sobre la “virgen” son ejemplo de ello. Estas profecías de múltiples significados, reverberaron a lo largo de los tiempos y culminaron, según afirman los estudiosos cristianos, en la milagrosa vida de Jesucristo en el nuevo testamento.

EN EL NUEVO TESTAMENTO

Si Jesucristo fue Dios encarnado, como predica la doctrina cristiana, forzosamente su vida tuvo que ser milagrosa. Para empezar, nació de una virgen, acontecimiento que estuvo rodeado de portentos -como ocurrió con el nacimiento de su primo Juan Bautista-; la biblia asegura que vivió una existencia normal y corriente hasta los treinta años, y que entonces irrumpió en el mundo con un empuje impresionante. Durante tres o cuatro años predicó e hizo milagros en Palestina y, de acuerdo con los testimonios, se convirtió en el mayor y más benéfico sanador que haya existido jamás. Sus seguidores llegaron a reconocerlo como el mesías, cuya venida fue anunciada por los profetas; pero lo que no podían aceptar eran sus enseñanzas, según las cuales su reino era espiritual y no político, y quedaron desmoralizados cuando se dejó ejecutar sin ofrecer resistencia.

Para los miembros del *establishment* judío, cuya autoridad había desafiado, Jesús era un peligroso provocador que podía causarles disgustos con los dominadores romanos. Según los evangelios, el clímax sobrevino

durante la fiesta de la pascua, cuando los sumos sacerdotes, aliados con un abúlico gobernador romano, condenaron a Jesús a la crucifixión. Ese debía ser el final de todo, pero en la siguiente gran festividad, pentecostés, sus seguidores proclamaron que Jesús había resucitado -con su cuerpo físico- entre los muertos. Después salieron a recorrer el mundo y predicaron con tal convicción que, al cabo de una década, la nueva religión del cristianismo se infiltró en casi todo el imperio, e iba ya camino de impregnar toda la sociedad romana. Al examinar los acontecimientos milagrosos que narra el nuevo testamento, es necesario considerar tres elementos: los registros históricos o crónicas, la verdad o falsedad de los hechos narrados, y su interpretación.

Veamos primero las crónicas. Aparte de unos pocos fragmentos, los manuscritos más antiguos del nuevo testamento datan aproximadamente del siglo IV D.C., y son copias de copias. Parte de la tarea de los eruditos que estudian los textos, consiste en reconstruir los originales mediante el cotejo de los manuscritos supervivientes y la eliminación de las inexactitudes, añadidos y anotaciones de los copistas (Tyra, 2004). El evangelio de Marcos fue escrito hacia el 65 D.C., unos 30 años después de los hechos narrados; el de Lucas, probablemente hacia el 70; el de Mateo, más tarde en este primer siglo, y el de Juan hacia el año 100.

Todos se basaron en materiales escritos anteriormente y recopilados a partir de la tradición oral y de las declaraciones de testigos oculares contemporáneos de Jesús. Marcos obtuvo probablemente información de Pedro, jefe de los apóstoles, y Lucas de María, la madre de Jesús. Por tanto, los escépticos opinan que la falibilidad de la memoria y la exageración inconsciente de los recopiladores, puede haberlo alterado todo, y que unos textos escritos tanto tiempo después de los acontecimientos carecen de valor (Morris, 1925).

Por su parte, los creyentes pueden argüir que los textos se basaron en los recuerdos y explicaciones de contemporáneos de Cristo; que acontecimientos tan impresionantes debían de quedar grabados en su memoria; que una mera ilusión no puede cambiar tantas vidas y causar en la historia el impacto que para ella supuso la vida de Jesús; y que

la investigación más erudita realizada por críticos hostiles no ha conseguido desmentir la trama esencial del nuevo testamento, incluidos sus elementos científicos (Strauss, 1997).

Al juzgar estos textos, hay que tener en consideración las convenciones que caracterizaban el estilo literario de la época. Las narraciones de la antigüedad no estaban sometidas a la obsesión del periodismo de la actualidad, respecto a la exactitud literal de las palabras y la explicación de los hechos. La interpretación era más importante que el hecho, y los lectores así lo entendían. Por tanto, Mateo, un judío cristiano que escribía para los judíos, utilizó la técnica del Midrash o comentario adornado (Stoner, 1958).

Esta técnica realzaba, poética y simbólicamente, unos acontecimientos que tal vez fueran maravillosos por sí mismos, creando una atmósfera apropiada para llevar este carácter maravilloso hasta el lector. Así, el nacimiento de Jesús fue acompañado por la aparición de ángeles a los pastores, la estrella sobre Belén y la visita de los magos de Oriente. Un terremoto, el velo del templo rasgado, las tinieblas y la aparición de espíritus en las calles de Jerusalén, señalaron la muerte de Jesús. Puede ser que ninguno de estos acontecimientos ocurrió en realidad; mas, para todo creyente, lo que importa no son los hechos físicos experimentados por el hombre, sino las experiencias espirituales simbolizadas con ellos.

Mateo también destaca el cumplimiento de la profecía, y una frase suya predilecta es la de que “*pudiera cumplirse lo que fue dicho por los profetas*”. Sin embargo, “cumplirse” debe leerse como “satisfacerse”, ya que era tradición rabínica citar las escrituras como comentario; como el rabino que, al ofrecérsele un recipiente con aceite para lavarse los pies, comenta que “*debe cumplirse lo que está escrito en el Deuteronomio: dejad que sumerja sus pies en aceite*”. Mateo no pretendía, como tampoco el rabino, afirmar que los profetas previeron lo que estaba sucediendo en realidad.

Ángeles o conocimiento avanzado

Otra convención judía es la que consiste en atribuir, la aparente intervención de Dios en los asuntos humanos, a la acción de “un

ángel del Señor”. Predicción y precognición tienen también su lugar en el nuevo testamento, pero únicamente, como revela la investigación, a título de cuestión de fe (Curtis, 1982). Jesús predijo su muerte en Jerusalén por lo menos tres veces; profetizó la destrucción del templo que tuvo lugar en 70 D.C. y previó que Pedro lo negaría. Sin embargo, los textos de estas predicciones fueron escritos todos ellos después de su aparente cumplimiento y, según se suele considerar, no pueden ser utilizados como prueba del poder de la predicción.

Abundan las experiencias místicas, los sueños y las visiones. Si los sueños de José, el esposo de María -Mateo 1,20; 2,13; 2,19; 2,22-, no son *mishrádicos*, pueden ser aceptados como dramatizaciones de soluciones a problemas, de los que tenía plena conciencia, estando despierto (Stoner, 1958). En su bautizo Jesús vio el cielo abierto y al Espíritu Santo que descendía sobre él, y oyó una voz que decía: “*Tú eres mi hijo bien amado*”, todo lo cual fue, al parecer, cosa personal suya. No se dice que ningún espectador hubiera visto u oído algo. La conversión de Pablo tuvo lugar cuando una luz celestial -¿un rayo?- le cegó temporalmente durante un viaje a Damasco, y le habló una voz. Los Hechos de los Apóstoles -9,7- aseguran que la voz fue oída por los compañeros de Pablo, en tanto que Hechos 22,9 lo niega.

La discrepancia no puede ser desmentida, pero tampoco cabe negar que, como resultado de esta experiencia, el gran perseguidor de cristianos se convirtió en su principal defensor. Existe también una posible explicación psicológica: al contemplar la muerte heroica de Esteban, el primer mártir cristiano -Hechos 7-, Saulo, después llamado Pablo, quedó subconscientemente convencido de la verdad del cristianismo. Esta convicción chocó violentamente con su rigurosa formación de fariseo, y el conflicto tuvo que ser resuelto mediante una experiencia personal traumática.

No obstante, se necesita algo más que la psicología para explicar la experiencia de Pedro y Cornelio: tras recibir en sueños el nombre y las señas de Pedro, Cornelio envía a buscarlo. Pedro, a quien la ley judía prohibía entrar en la casa de un gentil, tiene una visión de criaturas “puras” e “impuras”.

Al decirle una voz: “*mata y come*”, contesta que nunca ha comido cosa alguna impura, pero se le replica: “*lo que Dios ha purificado, no lo llames tú impuro*”. La visión coincide con la llegada de los emisarios de Cornelio, y Pedro, una vez disipados sus escrúpulos, visita a Cornelio, que se había convertido al cristianismo, y por primera vez la nueva fe es comunicada al mundo de los gentiles -Hechos 10.

Hay una dimensión adicional en la que las comunicaciones vienen inspiradas por algo o alguien más allá de los hombres, un “ángel” que transmite instrucciones a Cornelio y una “voz” que se dirige a Pedro. Sin embargo, algunos sicólogos creen que esta clase de voz desencarnada puede ser una exteriorización de la propia convicción interna: en realidad uno oye, literalmente, no sólo lo que desea oír sino lo que necesita oír (Däniken, 1975). Así, los apóstoles oyeron voces “divinas” en momentos críticos de sus vidas. La teoría de Stanford y Stein sobre la “*respuesta instrumental mediatizada psíquicamente*” - PMIR- (Stanford and Stein, 1994), sostiene la idea de que las plegarias obtienen respuesta, no por parte de un agente exterior sino de la misma persona que reza, a través de la activación inconsciente de una forma de *psicokinesis*, pero eso suele suceder sólo cuando la necesidad es urgente o apremiante.

La liberación de Pedro en la cárcel, cuando dormía encadenado entre dos guardianes, debe calificarse de milagrosa -Hechos 12-, pero la historia posee en sí misma un timbre de verdad. Éste es sólo uno de los numerosos milagros bíblicos que, aunque increíbles en apariencia, pueden tener su parangón en experiencias personales o en acontecimientos de nuestro tiempo. Durante la misión de Jesús -época de gran efervescencia espiritual- sus seguidores bien pudieron haber experimentado el florecimiento de habilidades científicas.

Si las extrañas experiencias, narradas por “santos” y místicos a través de los siglos, encierran alguna verdad, no hay duda de que siguen manifestándose en personas revestidas de “santidad”. Muchas de ellas, tales como “*el don de lenguas*”, son explicables psicológicamente (Däniken, 1975); pero otras, bien atestiguadas, como algunas de las curaciones milagrosas de Lourdes, resultan

inxplicables. Al mismo tiempo, una opinión auténticamente equilibrada exige a menudo un saludable escepticismo. Por ejemplo, ¿se aviene el hecho de matar o cegar a embusteros y adversarios, como hizo Pedro con Ananías y Safira -Hechos 5-, y Pablo con el hechicero Elimas -Hechos 13-, con el mandamiento de Cristo: “*Amarás a tus enemigos*”?

CIENCIA EN JESÚS

Los cristianos prefieren evaluar cada milagro individualmente, según su consonancia con el auténtico espíritu del cristianismo, tal como ellos lo consideran. Así, el portento de Jesús calmando la tempestad en el mar -Mateo 8,24-, resulta verosímil en un hombre tan compenetrado con la naturaleza que podía leer sus signos. En cuanto al hecho de caminar sobre las aguas -Mateo 14,24-, constituye un ejemplo de levitación, lo cual ha sido considerado en diferentes culturas y en diversas épocas como propio de “santos” o de magos.

Una característica sobresaliente de la vida de Cristo fue su capacidad para curar. La literatura bíblica está repleta de historias de curaciones, y no hay razón por la que la reputación de Jesús como sanador excepcional no pueda ser aceptada con todo su valor. La resurrección de la hija de Jairo - Mateo 9,18-, acerca de la cual Jesús dijo: “*La niña no está muerta, sino dormida*”, y la del hijo de la viuda de Naím -Lucas 7,11-, pudieron haber sido recuperaciones de un estado de coma. La resurrección de Lázaro - Juan 11- es diferente; no sólo se trata de un hombre vuelto a la vida cuatro días después de ser enterrado, sino que este milagro asombroso -que decidió finalmente a las autoridades a acabar con Jesús-, es ignorado por los tres primeros evangelios. Sin embargo, también se atribuye a un contemporáneo nuestro, el líder hindú Sai Baba, el haber resucitado a un hombre cuyo cuerpo había empezado ya a entrar en descomposición (Bowen, 1988). Pero queda por explicar el acontecimiento más notable y significativo de todos los tiempos: la resurrección física del propio Jesús tres días después de haber muerto en la cruz.

¿El mayor milagro o la mayor ilusión de la historia? ¿Cómo hay que calificar la resurrección de Jesús de Nazareth? La

historia aparece en los cuatro evangelios, y hay una referencia a ella en 1 Corintios 15,3 que, probablemente, se relaciona con una creencia que data del período inmediatamente posterior a la muerte de Jesucristo. A continuación se ofrece un resumen de cada relato, para que resulte más fácil comparar y contrastar.

Marcos cuenta que Jesús fue azotado y maltratado por soldados romanos, que lo golpearon, lo coronaron de espinas y lo crucificaron. Murió a la hora novena -las 3 de la tarde- y debía ser enterrado antes de que empezara el *Sabbath*, a las 6 de la tarde, para que su cadáver no lo profanara. José de Arimatea, un discípulo secreto de Jesús, se atrevió a pedir autorización a Pilatos para enterrar el cuerpo. Éste, sorprendido de que Jesús ya hubiera muerto, lo comprobó con el centurión de guardia antes de acceder a la demanda de José. José envolvió el cuerpo con una “sábana fina” -¿sería el sudario de Turín?- y lo enterró a toda prisa en un sepulcro excavado en una roca, cuya entrada fue clausurada con una enorme piedra. María Magdalena y María, la madre de Jesús, vieron el lugar donde era enterrado.

Parte del viernes, todo el sábado -el *Sabbath*- y parte del domingo, totalizaban tres días para los judíos. El domingo, muy temprano, María Magdalena, María -madre de Santiago- y Salomé, fueron al sepulcro para ungir el cuerpo con especias, como solía hacerse. Se preguntaron quién habría quitado la piedra de la tumba para ellas y, al llegar, se sorprendieron al ver a un joven vestido de blanco que estaba sentado allí. El joven les dijo:

No os asustéis. Buscáis a Jesús Nazareno, el que fue crucificado: ha resucitado, no está aquí; ved aquí el lugar donde le pusieron. Mas id y decid a sus discípulos y a Pedro que va delante de vosotros a Galilea, allí le veréis como os dije.

Desconcertadas y aterrorizadas, las mujeres huyeron y no se lo contaron a nadie. Cristo resucitado, continúa Marcos, se apareció en primer lugar a María Magdalena, que lo contó a los discípulos y no fue creída. Después se apareció “en otra forma” a dos discípulos que andaban por el campo y, finalmente, a los 11 apóstoles mientras comían, reprochándoles su falta de fe y exhortándolos

a predicar el evangelio por el mundo. Después, fue “recibido en los cielos”.

Mateo agrega, a los daños físicos de Jesús, los malos tratos del Sanedrín -el consejo judío. También relata cómo las autoridades judías, recordando que Cristo había dicho que resucitaría al tercer día, pidieron a Pilatos que vigilara el cuerpo, para evitar que los discípulos lo robaran durante la noche y dijeron que se había producido una milagrosa resurrección. Pilatos replicó que enviaran a sus propios hombres, probablemente judíos de la guardia del templo, que mantenía el orden en el interior del recinto sagrado, donde no podían entrar los gentiles. Mateo omite a Salomé y dice que sólo dos mujeres visitaron la tumba al alba del domingo.

Un gran terremoto marca el descenso del cielo de un ángel cuya cara es “brillante como el rayo” y lleva “vestiduras blancas como la nieve”; retira la roca y se sienta en ella, aterrorizando a los guardianes que quedan estupefactos. Se dirige a las mujeres usando las mismas palabras que el “joven” de Marcos. Asombradas y jubilosas, las mujeres corren a contárselo a los discípulos. En el camino se encuentran con el mismo Jesús. Les repite el mensaje: los discípulos deben ir a Galilea, donde él se encontrará con ellos. Mientras tanto, los guardianes informan lo sucedido a los sumos sacerdotes, quienes los sobornan para que digan que los discípulos robaron el cuerpo mientras ellos dormían. Entonces, los discípulos se encuentran con Jesús en una montaña de Galilea, donde reciben instrucciones de evangelizar el mundo.

Lucas afirma que las mujeres -que no nombran- no sólo contemplaron el sepulcro donde Jesús estaba enterrado, sino “cómo yacía su cuerpo”. El domingo, María Magdalena, Juana, María madre de Santiago y otra mujer, encontraron la piedra desplazada y quedaron perplejas ante la ausencia del cuerpo. Súbitamente, “dos hombres que llevaban brillantes vestiduras” se acercaron a ellas, y les transmitieron aproximadamente el mismo mensaje a que se refieren Marcos y Mateo, agregando el recordatorio de que Jesús había profetizado su muerte y resurrección. Las mujeres se lo contaron a los discípulos y no fueron creídas, pero Pedro corrió hasta el sepulcro, vio la mortaja abandonada y se alejó desconcertado.

Después, Lucas describe la caminata de dos de los discípulos hasta Emaús -sin indicar nombre- a 12 km de Jerusalén; Jesús se reunió con ellos, pero “*los ojos de ellos estaban detenidos, para que no lo reconocieran*”. Le hablaron de la crucifixión, y de que unas mujeres hallaron la tumba vacía y habían visto a unos ángeles que afirmaban que Jesús estaba vivo. Otros discípulos visitaron el sepulcro y verificaron que el cuerpo ya no estaba allí. Jesús les explicó las escrituras “*que le concernían*”, fue invitado a compartir su cena y fue reconocido, probablemente cuando bendijo y repartió el pan con sus gestos característicos. Despues desapareció. Volvieron a toda prisa a Jerusalén y contaron lo sucedido a los demás apóstoles, quienes a su vez, dijeron que Cristo se había aparecido a Pedro.

Mientras hablaban, Jesús apareció súbitamente entre ellos. Quedaron aterrados pensando que veían a un fantasma, pero él les invitó a que lo tocaran mostrándoles sus manos y pies heridos, y probó su naturaleza viva comiendo con ellos. Les dijo que “*permanecieran en Jerusalén hasta que fueran vestidos de la virtud de lo alto*” -no se menciona ningún encuentro en Galilea- y, haciéndoles salir de la ciudad en dirección a Betania, ascendió a los cielos ante sus ojos. Los discípulos, jubilosos, se quedaron en Jerusalén donde iban diariamente a rezar al Templo.

Juan añade que un soldado clavó su lanza en el costado de Jesús mientras estaba en la cruz, y que de la herida salieron “*sangre y agua*”, descripción exacta, desde el punto de vista médico, de la rotura del pericardio; se trataba de una herida mortal, si Jesucristo aún no había muerto. Juan menciona una visita, el domingo por la mañana, “*mientras aún estaba oscuro*”, de María Magdalena sola. Al ver que la roca había sido movida, corrió a contar a Pedro y a Juan que el cuerpo de Jesús había sido sacado y “*nosotras - indicando claramente que no estaba sola- no sabemos dónde lo han puesto*”.

Los dos apóstoles corrieron. Juan, que llegó antes que Pedro, miró al interior del sepulcro y vio la mortaja, pero no entró. Pedro lo hizo a un lado y entró, Juan lo siguió y, tras observar que el tocado estaba lejos de la mortaja, se marcharon “*perplejos*”. María Magdalena volvió a la tumba y se quedó

fuerza, llorando. Se inclinó y vio a dos “ángelos” -a los que no obstante pareció aceptar como seres humanos normales- a quienes, cuando le preguntaron por qué lloraba, replicó: “*Porque se han llevado de aquí a mi Señor, y no sé dónde le han puesto*”. Volviéndose, vio a Jesús, pero, quizás porque tenía los ojos llenos de lágrimas, no lo reconoció. Confundiéndolo con un jardinero le preguntó donde había puesto el cuerpo de Jesús. El replicó: “*María*”, de forma tal que lo reconoció inmediatamente. Le dijo que no lo tocara pero que dijera a los discípulos que estaba vivo. Esa misma noche Jesús se apareció a sus discípulos. Tomás, que estaba ausente en aquel momento, rehusó después creer que Cristo hubiera resucitado a menos que pudiera tocar sus heridas. Ocho días más tarde Jesús apareció nuevamente y Tomás quedó convencido.

A parte de su imposibilidad básica, la resurrección puede ponerse en cuestión de varias maneras. En primer lugar, quizás las mujeres que contemplaron el entierro confundieron la tumba. Sin embargo, ese error hubiese sido descubierto y rectificado en seguida. O quizás, Jesús no murió en la cruz; perdió el sentido, se recuperó en la tumba, escapó de allí y fue visto después por alguno de sus seguidores (Morris, 1986). Pero las flagelaciones romanas eran tan terribles que mataban a muchas víctimas, incluso una breve permanencia en la cruz podía resultar fatal, así como la herida con la lanza. Por otra parte, el centurión -presumiblemente experto en esos asuntos- confirmó la muerte de Jesús. ¿Y cómo hubiera podido escapar de la tumba después de sufrir tan malos tratos?

Otra explicación es que el cuerpo hubiese sido robado por algunos de los discípulos para engañar a los demás, haciéndoles creer que Cristo había resucitado. Pero es muy improbable que una religión que se extendió tan rápidamente por todo el imperio romano, pese a una intensa persecución, se basara en un engaño, especialmente cuando sus líderes murieron heroicamente en el martirio sin revelar la trama, si es que la había. O ¿acaso fueron los romanos o los judíos quienes retiraron el cuerpo para cortar de raíz el cristianismo? Pero en ese caso, ¿por qué no lo exhibieron cuando se empezó a hablar de la resurrección? Y si el cuerpo había sido llevado a otra tumba, a poca distancia de Jerusalén,

¿por qué no lo dijeron? El primer sermón de Pedro sobre la resurrección tuvo como resultado 3000 conversiones.

CONCLUSIONES

- Los críticos señalan que las historias de los evangelios están llenas de discrepancias, pero esto puede ser considerado una virtud, ya que demuestra que los autores no se pusieron de acuerdo. También demuestran su confianza en las historias, ya que las admiten sin necesidad de detalles que las debiliten, por ejemplo, el no reconocimiento temporal de Jesús y sus propias dudas. Además, las cuatro historias no son sustancialmente contradictorias, como demostró el erudito Bole en su libro (Bole, 1970). Con todo, puede que los acontecimientos registrados en el nuevo testamento fueran resumidos por escritores que no respetaban rigurosamente la cronología.
- Los creyentes hallan una confirmación de la resurrección en el sudario de Turín, pero los escépticos sostienen que algún factor desconocido, aunque ciertamente, racional, convenció a los primeros discípulos de algo que nunca sucedió (Morris, 1986). Pero los anales de la investigación científica y los archivos de los coleccionistas de fenómenos anómalos, confirman la realidad de algunos “milagros” (Preston and Epley, 2009), de modo que quizás no existan razones para dudar de que los milagros del nuevo testamento ocurrieron exactamente igual como se cuenta en ellos.
- La ciencia moderna ha demostrado que todos los seres vivos aparecieron de forma sucesiva: comenzaron las plantas, siguieron peces, reptiles, aves, mamíferos y finalmente el hombre; todo esto coincide, esencialmente, con lo que está escrito en el Génesis, en el que se describe la creación del mundo en seis días. Estos días pueden considerarse etapas o períodos de tiempo -cuya extensión no es posible determinar hasta el momento. Pero, ¿cómo pudo el autor de este libro conocer, con tal exactitud, el orden de aparición de la vida, cuando la ciencia moderna necesitó años de investigación para lograr acercarse a una explicación satisfactoria, y cuando ningún ser humano pudo ver o estudiar tal proceso? Este es otro de los hechos de aplicación de ciencia o de ingeniería que narra la biblia y de cuya explicación estamos aún muy distantes.

REFERENCIAS

1. Arbib, M. A. (1998). Self and society: between God and brain. *Trends in Cognitive Sciences*, Vol. 2, No. 10, pp. 377-378.
2. Biever, C. (2006). The God Lab. *The New Scientist*, Vol. 192, No. 2582, pp. 8-11.
3. Bode, E. L. (1970). *The First Easter Morning: The Gospel Accounts of the Women's Visit to the Tomb of Jesus*. Mexico: Biblical Institute Press.
4. Bowen, D. (1988). *The Sathya Sai Baba Community in Bradford: Its origins and development, religious beliefs and practices*. Leeds: University Press.
5. Clinton, K. J. (1962). *A Look at the Relationship of Science and Scripture*. Provocative Pamphlets, No. 92, pp. 23-25.
6. Curtis, A. H. W. (1982). Material culture of the land of the Bible in the Persian period 538-332 B.C. *Religion*, Vol. 16, No. 1, pp. 92-94.
7. Däniken, E. Von. (1975). *Las apariciones*. Barcelona: Martínez Roca.
8. Däniken, E. Von. (1976). *El mensaje de los dioses*. Barcelona: Martínez Roca.
9. Däniken, E. Von. (1981). *La guerra de los carros de fuego: reportaje de una invasión*. Madrid: Salvat.
10. DeYoung, D. (2000). *Astronomy and the Bible*. Los Ángeles: Times Pub. Co.
11. González, J. G. (2003). *Enigmas del cristianismo: la sábana santa, estigmatizados, apariciones*. Barcelona: Nowtilus Frontera.
12. Josefo, F. (1997). *Las guerras de los judíos*. Madrid: Leer E.
13. Morris, H. M. (1925). *The Bible and Modern Science*. Edinburgh: Pickering Inglis.

14. Morris, H. M. (1986). Science and the Bible. Cincinnati: Moody Publishers.
15. Muirhead, Bob. (2006). Bible is no textbook. The New Scientist, Vol. 191, No. 2566, pp. 22-29.
16. Buffaloe, N. D. (1969). God or Evolution? Mission, Abril, pp. 17-21.
17. Preston, J. and Epley N. (2009). Science and God: An automatic opposition between ultimate explanations. Journal of Experimental Social Psychology, Vol. 45, No. 1, pp. 238-241.
18. Ramm, B. (1954). The Christian View of Science and Scripture. London: Eerdmans.
19. Schultes, R. E. (1985). Medicinal plants of the bible. Journal of Ethnopharmacology, Vol. 13, No. 1, pp. 115-121.
20. Stanford, R. G. and Stein A. (1994). A meta-analysis of ESP studies contrasting hypnosis and a comparison condition. Journal of Parapsychology, Vol. 58, No. 3, pp. 235-269.
21. Stoner, P. W. (1958). Science Speaks. USA: Moody Press Chicago.
22. Strauss, L. (1997). Spinoza's critique of religion. USA: University Chicago Press.
23. Tyra, G. (2004). Are Christian Faith and Natural Science Mutually Exclusive? Costa Mesa: Class handout, Vanguard University.
24. Van de Castle, R. L. Sueños Telepáticos, Precognitivos y Clarividentes. <http://www.suenos.saludparati.com/telepaticos2.htm>. Marzo 23 de 2009.
25. Walvoord, J. F. (2007). Armagedon, petroleo y terror. New York: Tyndale House Publishers.
26. Young, E. J. (1999). Studies in Genesis One. Germany: Presbyterian Reformed.

Ω